

Asociación de Periodistas Europeos

Julio Cerón

España le sienta  
bien a Europa  
¿le sienta bien  
Europa a España?

II LECCIÓN  
CONMEMORATIVA  
PASCUAL MADOZ

**3-Diciembre-1984**

Patrocinado por la Caja de Ahorros y M. de P. de Madrid.

*Como el antiguo predicador, de cuando la Santa Iglesia no había tirado todavía, desacertadísimamente y medio a lo suicida, el tridentino ceremonial divino por la borda, el cual, antes de empezar su homilía se arrodillaba reverente si estaba el Santísimo expuesto en el altar mayor pero sólo después de haber proferido un fervorín, consistente, las más de las veces, en citar una frase de las Escrituras, mutatis mutandis y servata distantia, voy yo, antes de inclinarme, respetuoso e impresionado, a leer una frase de Diderot, ateo virulento empero y, sin embargo, inteligencia fina y poderosa: “Il faut souvent donner a la sagesse l'air de la folie afin de lui procurer ses entrées”.*

*Y es como para decir que, ¿quién soy yo y qué disculpa tengo cuando les veo a ustedes y lo que son y representan, quién soy yo para pronunciarme sobre temas tan graves si no tengo los datos y los parámetros, y desconozco la trastienda, del asunto? Y pienso entonces, como eximente o atenuante, en los tiempos pasados, cuando los grandes ponían a su vera a un ser enano y contrahecho, de la base más base (en el caso presente, dicho sea de paso, quien esto lee de enano y contrahecho nada), el cual enano les servía de contrapunto con su versión impertinente y somera de las cosas. O, como me dijo hace poco un buen amigo, “has quedado arrumbado por el viento de la historia en la playa de la insignificancia” creyendo halagarme; y me halagó porque siempre nos queda algo tortuoso de cuando éramos niños.*

La presente lección conmemorativa de Pascual Madoz (de quien dice don Fabián Estapé que “ha sido censurado por ciertos historiadores retro por su prisa en el gobierno; sin duda, se trata de historiadores que han olvidado que en la España del siglo XIX los períodos progresistas duraban dos años, mientras que los períodos conservadores o reaccionarios duraban décadas, de ahí que los liberales inteligentes se dieran prisa en gobernar, porque eran conscientes de que para ellos cada día era un mes”, y no es mala esta lección que nos da Madoz y con sólo ella podría cerrarse el acto de hoy, cambiando si acaso dos por cuatro y diecinueve por veinte) pretende dividirse en tres partes: una de ellas, explícita, la que indica el título, con sus dos concatenaciones, puesto que no cabe —se dice— hablar de la CEE sin empalmar con la OTAN, ni es posible —redarguyo yo— hablar de la OTAN sin tener presentísimo que no es, en este país o países, sino asunto de política interna y, sobre todo, directísima secuela de lo que hizo y dejó de hacer la izquierda española del 75 al 77 y siguientes; la segunda y la tercera implícitas, y versarán sobre la problemática nacional actual, resolución de su aporía fundamental, y la sugerencia de “¡Aporías a la mar!”... (U: “¡porisma purísimo!”).

No es plato de gusto, al término de una dura y larga jornada de trabajo, apechugar encima con una conferencia. Consciente del problema, debe tener el conferenciante la mínima cortesía de resumirla de entrada, para que pueda vagar luego libre la imaginación de su auditorio pensando en sus cosas, mientras va bajando lentísimamente el montón de la izquierda y creciendo el de la derecha, dicho sea sin querer colar de clavo metáfora profeticopolítica barata alguna. El resumen es:

Tiene España una dimensión ultramarina, y España tiene una dimensión europea. Nos une un misterioso sentimiento de solidaridad y comunidad con el espléndido italiano, el portentoso francés, el inglés mágico, el escocés irracional como nosotros, el irlandés lo mismo se diga, el denso alemán, el húngaro matemático, el polaco sufridísimo, los eslavos indescifrables y los griegos desconcertantes, el belga, el neerlandés y el luxemburgués diminutos, los escandinavos arquetípicos hoy sin que se sepa muy bien por qué, el yugoslavo que se atreve a declararse en su mismo apellido del Sur, el intactísimo albanés, resignado el austriaco, el admirable suizo que seguirá siendo un modelo cuando no quede ya ni rastro en la historia del engreído cineasta engolado, el vasco legendario, el rumano indeciso, el portugués tan de casa, el checo de Praga y los catalanísimos eslovacos. Los turcos, un enigma: ¿polizones?

La primera concatenación tiene que ver con lo de salirse o no salirse de la OTAN, que recuerda el dilema de “El rey que rabió”, zarzuela de

segunda en honor a la verdad. Dilema fútil, falso y gratuito, como intentaré demostrar más adelante. Propendíamos desde siempre los pequeñitos, los de abajo, la base a creer en la gravedad y la seriedad de los grandes. Por verlos como ungidos y, sobre todo, poseedores de conocimientos que nos discordaban, dueños de los datos, señores de la inteligencia (que ya es siniestra imbecilidad reciente haber dado en aprovechar el nombre mismo, relativamente honorable, de “inteligencia” para designar una de las cosas más bajas que darse puedan: recoger información, andar espionando y fisgando lo que hacemos o dejamos de hacer los demás). Hasta que se nos cayó la venda de los ojos, mayormente con ocasión de esto del holocausto atómico, la panoplia nuclear el equilibrio del terror (nada les arredra en la hora de la grandilocuencia) Juguetes y más juguetes, juguetes de niño rico y raro. Entrar en su juego es picar. Si ende tienen el antojo y el capricho, sigan adelante. No les hagamos el caldo gordo nosotros. (En un libro de profecías tengo escrito: “Mayo. Hacia fines de mes, estalla la Tercera Guerra Mundial. Ante la incredulidad y el desinterés de las masas, las hostilidades cesan unos días después, y el 31 las 165 potencias beligerantes firman el Tratado de Paz en Locarno”.)

De lo que tiene que salirse sobre todo este país o países no es de la OTAN sino de Amnistía Internacional.

La tercera concatenación es que todo lo de ahora, incluidas ¡ay! las posturas más sanas al respecto, nos viene de la vergüenza próximo pasada, del envilecimiento general, del autosequestro del pundonor. Y de esto apenas si hablaré en la presente lección, de tanto como lo glose en “PUES NO. Civil enjuiciamiento de la transición”. (Taurus-Alfaguara, 520 páginas, en prensa).

Hasta aquí el resumen.

La primera consideración de la primera parte es la que se desprende de un simple vistazo a un mapa de nuestro continente. Aparte de observar que España y Francia juntas miden tanto como los demás países juntos de la Europa de los Doce (lo cual daría pie para otra conferencia, pensando en lo importante que es hoy el espacio y que somos los dos únicos Estados europeos que medio se defienden en la comparación mundial), advertimos inmediatamente que nuestra patria está en un extremo, una punta, muy al sur.

Con estas dos subconsideraciones: la primera es que — misterio insondable, pero universal menos Escocia— todo lo que esta al sur —en el hemisferio norte, se entiende— envidia y se acompleja ante lo que tiene encima. Hay en ello una ambivalencia que no debe pasarse por alto. La segunda subconsideración, bastante más de peso y que nos lleva a la segunda consideración, es que, por estar como estamos al sur (y pongo deliberadamente “al sur”, y no “en el sur”), somos marginales.

La segunda consideración es para contraponer marginal y marginado. Marginal es un dato de la naturaleza; marginado, es una sensación subjetiva que puede ser verdadera y que puede ser falsa. La explicación de todo lo nuestro de ahora con Europa es que estamos en una punta Durante siglos y, sobre todo, cuarenta años, hemos querido pensar que

se nos marginaba al margen de ese factor geográfico ineludible. De ahí el invento de la leyenda negra, homólogo cabalísimo de ese convencimiento profundísimo de los franceses, penetrados de que todo el mundo los ve en síntesis como un señor con boina y una baguette bajo el brazo; y si acaso los ven algunos así es por una proyección al exterior de su cultura y porque están los tales afrancesados.

La tercera consideración es para preguntar si se puede hacer algo contra esa fatalidad geográfica, introducir algún correctivo, aportar algún consuelo.

Se puede. La inmediata sería pensar “en sur”, con mentalidad de sur ampliado: por debajo del paralelo 46 quedamos nosotros, occitania, tierra marginal donde las haya, y Grecia. Más Italia, que nos crea un problema: por un lado, bastante más europea que nosotros a lo histórico, si bien pasiva; por otro, país de emigrantes.

Descartemos esta tentación del sur, por la carga negativa antes citada. Acojámonos, pues, a los meridianos. El de Grínis deja al este suyo las islas británicas, la Península menos un buen trozo —pero el más europeo nuestro, dicho sea de paso— y coge la divina Gascaña (etimología: Vasconia; y otra vez Occitania) y Bretaña, tierra igualmente marginal.

La cuarta consideración consiste en decir que nuestro paliativo tiene que ser, pues, y nuestro ardid, aglomerarnos con otros para disipar el pecado original de estar en una punta. Y aquí es donde nos echa una mano, misericordiosa y servicialísima, la Historia. Hemos sido siempre marginales con respecto a Europa porque hemos estado pegados a África y por nuestra vocación y nuestras andanzas ultramarinas. Tal es precisamente el caso del Reino Unido: insular, primero; segundo, tan ultramarino o más por su propia historia. En los asuntos de Europa, España tiene que moverse a lo estratégico en dos frentes: forzando una alianza de solidaridades e intereses (lo de Gibraltar es deleznable y pre-coperniquiano: diéranme a mí el poder para un par de semanas y lo despachaba antes de empezar la semana inglesa de la primera; sobre esto tengo preparada una conferencia, de mucho gusto) con ese otro marginal europeo que es el Reino Unido. El segundo frente y lazos estrechos ha de ser con Francia. Y nuestro corazón, como siempre, con el de Cervantes y tantos otros, en Italia.

La cuarta o quinta consideración es que nuestro morbo para con Francia merecería también una conferencia, y aun varias, él sólo. El puñado de francófilos españoles a ultranza hemos esperado pacientemente a que pasara algo simétrico que sirviera para desvelar en todo su lamentable horror la reacción enfermiza, irracional, de cuando nos ametrallaron aquel pesquero nuestros vecinos. Han sido ahora los irlandeses. Cotéjense las reacciones a uno y otro desafuero. Mientras no se nos quite el complejo y todo lo demás, no estaremos curados. Ni seremos normales: europeos normales, españoles normales, seres humanos normales. Ocurre, además, que, aun dando por bueno ese delirio de que Francia nos odia, aun aceptando la tesis de los hechizados que se descolgaron entonces del árbol de la francofobia venenoso, tendrían que saber que será acaso por encima del Garona, o hasta del Loira, y que, en todo lo que es hoy occitano, vale decir el sur de Francia, ha tenido que venir

la CEE para engendrar la siguiente paradoja: el borgoñón o el chtiimi no nos desprecia, tampoco nos adora; pero no le tiembla el párpado ni le duele el bolsillo cuando se pone a pensar en nuestro viñedo y en nuestra huerta. El occitano nos adora positivamente, es un hermano, un afin, un más que italiano Spanish-wise, pero tiene ahora la papeleta de que somos sus rivales directísimos con nuestro vino y nuestras hortalizas (aquí sí que me luciría una conferencia porque domino el tema y las soluciones me las sé bien sabidas).

Resumiendo ya lo vertido: frente o junto a Europa y su turbio (ut infra) matalotaje (hoy, estúpido y ocioso anglicismo, parafernalia) que es la CEE, abandonemos la mentalidad de Punta Europa, veámonos adheridos a los británicos como europeos que, aun siéndolo, lo son a su aire, con una prolongación, fecundísima, extraeuropea. Como mentalidad. Y como leverage sobre todo, por emplear un anglicismo pero en su salsa y un si es no es sibilinamente.

Sintetizando, a lo bruto y para mantener viva la atención que, EN CUALQUIER CONFERENCIA, decae rapidísimamente, todo parecido entre Europa y la CEE es pura coincidencia.

La ventaja de creer a pies juntillas en todo lo que viene en el Denzinger (Enchiridion symbolorum) es que te vacuna contra la tentación de creer en fruslerías y niñerías como son los extra terrestres (no hay ninguno), la percepción extra sensorial (como si no tuviéramos bastante con la otra), las conjuras judeomasónicas (después de los Protocolos de los Sabios de Sión ya hay que tener tragaderas), la CÍA (si acaso lo de Sarajevo) o aquello tan gracioso de que va a haber una tercera guerra mundial. Si pudiéramos, si nos fuera dado, incurrir en tamaños fideísimos gratuitos, sentiríamos la comezón de pensar que unos hombres malos, enemigos de la Unificación, dieron en la flor de montar un tinglado, por medio de infiltrados suyos aviesos, burocrático, proliferante, ramificado de suyo, castrador como pocos, que distrajera a los buenos europeístas, que les apartara de hacer lo único, o lo que más, puede coadyuvar a tan noble fin, como sería suscitar artificialmente (*todos los patriotismos han nacido así*) desde la escuela, en los niños —más tarde adultos, según toda probabilidad— un sentimiento patriótico, un ardor. Lo tengo yo, por ejemplo. Pero ha sido a costa de mucho y a lo autodidacta. Esta es la fecha en que vibro con los triunfos de España en el mundo, pero también vibro cuando hay alguna proeza de algún italiano, francés, inglés, etc.: un invento, la penetración de una empresa exportadora en los Estados Unidos, el Airebús o el Centro Nuclear de Ginebra. La CEE, que engendraron con buenas intenciones sus padres y fundadores, no aporta por desgracia nada en tal dirección. No lo digo yo; lo piensan —y alguno lo ha dicho públicamente, el señor Mitterrand verbigracia— quienes tienen el poder y la gloria en este continente.

Otra consideración, pasando ya al tema de España y Europa, es que somos nosotros varias cosas juntas. Francia, por ejemplo, es europea a secas (salvo que pensemos en su pulgarcito, Quebec; que, por cierto, como señalara Francisco de Asís Condomines este verano al venir a casa para su libro de “Conversaciones con servidor” (Editorial Anagrama, de próxima publicación), en Quebec cabe toda Europa). Nosotros somos

más. Entre nosotros, unos tiran más al europeísmo, otros al americanismo. No nos pronunciemos ahora al respecto, consignemos meramente (por si es, o puede ser, una baza en nuestros coqueteos y toqueteos de rutina con los Diez cuando seamos ya Doce).

A la actual Europa, a los Diez, les interesa, en efecto, enormemente España. En contra de lo que piensan los francófobos iracundos, quienes ven esto mejor son los franceses (los altos responsables, quiero decir).

Otra consideración es para expresar más o menos lo mismo. ¿Acaso no ha sido una sorpresa agradable observar que el problema de nuestra incorporación no es el de la incorporación de un país zutano sino algo más? Desde la gesta gloriosa de nuestra guerra contra el nazifascismo no habíamos pesado nunca tanto.

Es muy de lamentar que no hayamos aprovechado la situación, y no sólo por oportunismo, sino por el español afán, tan olvidado por desgracia hoy, del desplante. Y que nos hayamos presentado a la puerta de la CEE como el caminante perdido en el bosque que llama a la puerta del castillo para pedir cobijo, y a lo humilde y sin ocultar las ganas de entrarnos bien a lo caliente de sus altos muros. Quizá no ponerse farruco, pero sí al menos expresarles algo como lo siguiente: “Queremos entrar en Europa, pero proponemos esto y lo otro y lo de más allá, en lo cual, por cierto, están todos ustedes por lo bajinis de acuerdo. Con este conglomerado sórdido que está asfixiando la idea europea, no puede ser”. Ellos, los que están ya dentro, lo saben y les consta. Un ministro de agricultura —elijo el ramo a ojo— fervoroso europeísta, pongo por caso, patriota de Europa incluso, sale de su despacho para ir a las negociaciones enésimas de Bruselas. Nada más subirse al avión, se le olvida, no puede por menos de olvidar, su fe y ha de ponerse a la fuerza su traje de negociante, de quien no tiene más remedio que sacar tajada en beneficio de su particularidad: “No hablaré con estos otros de lo que nos une, y *para promoverlo*, sino que voy a ver lo que les saco y qué poco va a ser menester concederles y regatearles para que me compren mis cosas”. Un desastre, un contrasentido.

La objeción es: “Se habrían puesto farrucos ellos a su vez ante nuestro desplante”. Pues no. No creo. A todo el mundo, y sobre todo *a los de arriba, atrofiada por la vida que llevan su facultad de discernir, les impresiona todo lo que pueda oler, siquiera sea mínimamente, a rigor y a altivez, altanería*”.

La paradoja, además, es que lo que buscan ellos en nosotros son, sí, treinta y ocho millones de consumidores nuevos (pese a la contra que suponen para algunos de los suyos nuestros vinateros, pescadores, etc.). *Pero* lo que esperan ellos de nosotros, probablemente sin darse cuenta (de nosotros y de cualquier otro ingreso nuevo; no caigamos en el narcisismo) y como en un espejo oscuro y demás, es que aportemos algo nuevo a la idea de Europa, engarabitada, encostrada en el seno de ellos precisamente porque son veteranos y se han dejado enredar en rutinas varias y burocracias espesísimas.

Una consideración más es que se habla mucho de la decadencia de Europa. La decadencia la llevamos si acaso dentro. Fuera, yo no la veo por ningún lado. Me paseo por el ancho mundo: sólo me encuentro con

europas delegadas. A todos los veo, si son caballeros, con el traje que inventamos nosotros (y no es lo más afortunado que hayamos dado a la humanidad, con ese pingajo de tela que no te deja desahogarte a gusto cuando cantas, flecha tejida que indica sin necesidad evidente el punto de la cicatriz original), razonando como nosotros en logia y ción e idad, moviéndose como nosotros, hasta en lo más marcado histórico-geográficamente como son los códigos y las leyes y la estructura de asamblea deliberante y el tiempo que se pierde en las grandes conferencias y en los más modestos simposios (y a este respecto, estando en Estocolmo para la Conferencia sobre el Medio Humano, como había otra opuesta, montada por las minorías antigubernamentales de ecologistas, amigos de la tierra y demás, se me ocurrió un día ir a ver lo que hacían. El local no era, desde luego, tan grandioso, y los atuendos menos ostensiblemente ceremoniales. Pero había una mesa, con la presidencia parapetada detrás como en la otra, había ponentes y relatores; se proponían enmiendas al inciso tal del apartado cual de la resolución tal cual: ¿dónde estaba su revolución? Hoy por hoy no tiene “la revolución” mucho huelgo; pero barbechos quedan: subviértanse las formas imbéciles, el imperio del logos y la solemnidad pomposa). A todos los veo, en los distintos continentes, fiel remedo de nosotros, Europa. Dicen, y está empezando a dar mala espina, por lo que tiene de sobado ya y de tópico, que el centro de gravedad se ha desplazado del Atlántico al Pacífico. Más a mi favor: acabará corriéndose otra vez al Mediterráneo y a la fachada europea del Atlántico. Tengamos buena voluntad, seamos voluntaristas descaradamente.

Es, no obstante, cierto que, si seguimos así, a la decadencia de cabeza vamos. La CEE, y cien mil cees encauzadas y enfocadas como ella, poco van a adoptar para contrarrestarla: suma de egoísmos, comunidad sí pero como lo son los bolsistas, en círculo y con las manitas agarradas a la barandilla del carro. A lo marginal o no, de Europa formamos indudablemente parte. En nuestra historia, muy mínimamente europeos hemos sido (con algún paréntesis singular y como de bienes gananciales). Por la cuenta que nos trae, “hagamos Europa”, pues, a lo protagonistas, por primera vez quizá. Sigamos con nuestros tratos por arriba, pero hablemos también con las europeas masas. Sean, por ejemplo, nuestras instituciones culturales en el extranjero órgano de proyección de nuestra cultura o culturas, pero también de Europa, de la idea y de la causa. Demos la nota.

Alguien puede argüir: “Todo este esfuerzo ingente sería mejor dedicarlo a nuestra América; lo nuestro es Ultramar, y no Europa”. Contestaré: “¡Pues es verdad!”

Venga ahora la primera concatenación, la de lo de la CEE con lo de la OTAN. Sobre esta última tengo escrita una conferencia de cuarenta minutos que me ha salido muy bien. Segundo: está todo ello montado sobre una futilidad monumental, y respeto demasiado a mi público para extenderme demasiado al respecto. Así que prefiero descolgarme con mi



## *Teoría general de la parusía*

Nace *toda* nueva doctrina total, ideología pancósmica, escatología de alto vuelo con este afán: lo quiere todo, y lo quiere todo inmediatamente. Es su razón de ser misma. Van sus primeros militantes a por todas. Enardecidos, heroicos, dispuestos a dar a la vida a la primera de cambio, con el menor pretexto, en cuanto se tercié. Se desviven si no.

Lo malo es que la realidad no responde.

Empieza a pasar el tiempo, y nada.

Pónense entonces, ora los máximos dirigentes y pensadores ora las masas militantes, a razonar como sigue: “Nosotros no lo veremos, lo verán nuestros nietos”. Engendran con ello su Parusía.

No conozco excepciones históricas a lo que acabo de decir.

Hasta aquí bien; pero hay más.

Hay momentos en que parece estar ya cerca el Gran Día (sensación por lo demás subjetiva). ¡En tales ocasiones, la reacción en los militantes es: repeluzno y espeluzno! (Pensemos en quienes nos rodean, o en nosotros mismos si somos fieles de algo que implique Parusía: el disgustazo personal si diera muestras de estar en puertas).

Y, sobre todo, ocurre a veces que, de pronto, como por sorpresa, se reúnen las condiciones para que se concrete por fin la Parusía. Pues bien —tal es la lánguida aporía de la Parusía— *aún sin reconocérselo ellos mismos, los de la Idea rechazan ENTONCES esa Parusía, No la quieren, se niegan a aprovecharla, actualizarla, poner en práctica lo que entraña.*

Si no entendemos esto, no entenderemos nada de lo del equilibrio del terror y patrañas conexas, frivolidad de Júpiteres tonantes, estéril potlach, suprema inanidad.

Antes de sacar las consecuencias de la teoría para la OTAN, voy al aplicarla a la vida interna de los pueblos y de las causas políticas. Si se acepta de entrada la vía democrática para la consecución de los ideales, del programa máximo, etc., hay que entrar en ella y pasar por las reglas y leyes del género, vale decir el sufragio universal. El cual requiere como mínimo un 50 por 100 y unas décimas. Solos o en coalición. En este segundo caso, ya se sabe que no será posible aplicar el Programa, sino que habrá que hacer concesiones. En el primero, habrá que contar con la fragilidad de haber sido el triunfo raspando raspando. Sueñan por ello, ora el militante, ora el máximo diligente —sueñan, literalmente sueñan, en sus ratos de sueño despierto sueñan— que algún día alcanzarán la mayoría absoluta; y entonces ¡zás!

En dos países hermanos, para dos partidos hermanos y en dos años hermanos ha ocurrido tal portento. Y nada.

La objeción me la sé: “no nos han votado para eso”, “votos prestados”, “la coyuntura”,... Todo ello muy refutable, pero hagamos como si no.

Mas grave es que te dicen: “No, no puede ser porque hay que pensar las próximas”. Démoslo por bueno, forzándonos un poco más.

¿Dejará de ser, empero, cierto que las generaciones venideras no se van en a enredar en esas consideraciones de táctica y coyuntura? Sino que

van a pensar; “milagro de los tiempos, se llegó por una vez a lo más que llegar se podía, y puede; irrepitable, rigurosamente irrepitable por lo demás. Y nada”.

Con todo esto tenemos, pues, al militante del PSOE reducido a la triste condición del militante de los pequeños: LCR pongo por caso, CDS conjeturo. A saber: “en las próximas elecciones vamos a mejorar! en las siguientes un poco más; y algún día tendremos la mayoría absoluta. Y podremos aplicar nuestro programa entero” razona éste; la tiene hoy aquél.

Suelo abonar yo todo esto con el sucedido de un aficionado a El Greco, resignado de toda la vida a que fueran otros, más pudientes, quienes se compraran los cuadros de verdad, contentándose él con tener en casa reproducciones. Le toca luego la lotería, miles de millones. Y, en vez de comprarse un Greco, por lo menos, va y se lo gasta todo en comprar reproducciones, muchísimas reproducciones, de excelente calidad eso sí, pero reproducciones. La casa llena de reproducciones.

¿Cómo se explica esto? Se explica por lo antes dicho. A partir de un cierto momento, la Parusía no sólo no apetece, sino que repugna.

Antes de pasar a la aplicación bélicointernacional de la lánguida aporía, voy a ensañarme un poco más.

A diferencia del mundo bélicointernacional y, “a fortiori”, del de las ideologías absolutas y escatológicas (es inimaginable para el judío, por ejemplo, que el Mesías venga, se esté un rato y ceda luego los trastos al Cuarto Imán, verbigracia), en el interno de la democracia tenemos el rollo (no se me ocurre otra palabra) de la alternancia. Era antes la alternancia, sin nombre todavía entonces, una regla del juego, que había que respetar pero considerada como una desgracia, una lata. Se ha hecho de ella hoy, la izquierda incluida, un imperativo, una fruición, con la misma jerarquía que el ideario específico o que la sumisión sagrada al sufragio universal. Perverso, y a la vez sutilísimo, corrimiento de valores.

Está en segundo lugar el mayor monstruo, el gradualismo. Tesis y tesitura que se invalida a sí misma. “Nos hacen falta veinticinco años para cambiarlo todo”. La pega es que, al término de ese cuarto de siglo, la meta por fin alcanzada es una meta de hace un cuarto de siglo. Por lo demás, también con veinticinco años de derecha progresan las cosas sociales, para eso está la fuerza de los sindicatos. Largo viaje; ociosas en definitiva, pues, tales alforjas.

Pasando ahora a las consideraciones bélicointernacionales, el paralelo es obvio. Para empezar, seré vulgar y primario. A la URSS, a los comunistas soviéticos más dirigentes, no les interesa que todo el mundo sea soviét. Hiciéranse, por la fuerza de las armas o no, con el mundo entero, reservarían para los Estados Unidos un trato especial. Sería este país para ellos su eviterno Hong-Kong. Siquiera sea por la simple razón de que habría que seguir abasteciendo de cereales al mundo rojo, y la agricultura ya se sabe; no digo más.

Segunda cosa: lo que pensamos nosotros de los soviéticos lo piensan ellos del mundo libre. Rígense, en efecto, por dos grandes principios: *a)* el comunismo, diluido encima; *b)* un miedo pánico a que vayan a

barrerlos del mapa con una guerra mundial. Es todo un gigantesco mal oído, como dicen los franceses.

Resumiendo: la OTAN está hecha para defender al mundo libre. Pero nadie piensa en atacarle, sino en defenderse de él. El sofisma y el mal vienen de habersele ocurrido en 1941, a un periodista del Christian Science Monitor, supongo, lo de la doble uve de los romanos. En que, o más, e interpretar al revés deleitó la historia pretéritas: muchas guerras nacionales durante mucho tiempo, una continental luego y, por fin, la mundial; pero no esta última como comienzo, o como elemento de una serie, sino como *desenlace de la misma*. Hay un desfase planetario en la evolución histórica. Países todavía quedan que están en la fase pre-revolución francesa, etcétera. Por lo mismo, regiones del mundo hay que van ahora, o dentro de poco, a montarse su guerra europea. Pasarán luego, espectadores nosotros, a su guerra mundial.

No habrá tercera guerra mundial; si acaso, una guerra tercermundista. Y nosotros (con tantísimo obrero sin paro en las fábricas proveedoras) felices.

Hace unos años hicieron estragos las tesis de un pobre tonto de apellido griego (me da la impresión de que están de capa caída). Decía el tal (y solía yo señalar, en función de lo que decía precisamente, que la única amenaza para la paz mundial era el pobre tonto) que la URSS tenía una superioridad aplastante, y que no estaba dominada por el Partido sino por unos militares hiperbelicistas. Aunque tuviera razón —para el caso me da igual—, incluso con la garantía absoluta (por eso era una amenaza Cornelio, porque les estaba dando ideas) de ganarla no se lanzarían, y no se lanzarán. *No es que les frene lo del holocausto atómico y la destrucción del planeta (insignificante como todo lo excesivo, por cierto), sino que se valen de ello como coartada y pretexto para justificarse ante ellos mismos la cosa de que no les apetece que les llegue su Parusia. (La simetría es: no es por lo de ganar también las próximas elecciones, etc., sino que se valen de ello como coartada y pretexto para justificarse ante ellos mismos la cosa de que no les apetece aplicar su Parusia. No les apetece ya, desganados están, fascinados se encuentran con tanta novedad, hija del Poder recién cobrado.)*

Le apetece, sí, al Uno lo que nos ha apetecido a todos a lo largo de los siglos, y lo que le apetece al Otro: quedarse, si viene hilado, con un país o dominarle, o bien, para que el paralelo sea cabal, impedir que un país con el que te quedaste otrora se te suelte y despegue. Pero ahí se les para la afición.

Subsisten, lo reconozco, dos obstáculos de bulto, los dos económicos. El primero tiene que ver con la industria a las armas y su fuerza de arrastre para la economía (más el desempleo o en primero de sus científicos y el paro o a un paro de sus obreros). El segundo es que los *únicos economistas serios* (no es que los otros, los del ex ante facto, no aspiren a serlo: sólo que se mueven en un terreno que está más en el ámbito de la metáfora que en el ciencia propiamente dicha, como lo confirma de que ahora no quieren acordarse de que todos ellos comulgaban, no hace tanto tiempo todavía, con las metáforas Coombs-Philips sobre la infracción y el paro), los únicos economistas serios, digo, los del post facto, esto es, los historiadores de la economía, te dicen, debida-

mente interrogados, que Keynes, el New Deal, etc., como explicación de la disolución de aquella crisis son viento y concierto de viento, que en 1940 el paro era máximo y que la crisis se desató única y exclusivamente gracias a la guerra.

Pero ni aun así.

La segunda concatenación es que la actual porfía en España a propósito de la OTAN nada tiene que ver con lo antes dicho. Por cuanto es asunto de política interior a secas. Afánanse, pues, patética e ingenuamente, para nada, los adversarios en refutar uno por uno los argumentos “geopolíticos” de los partidarios de la estancia y la permanencia. Como ha confesado un altísimo, de sobremesa: “Es que, si nos salimos, nos montan un golpe al día siguiente”. Que es decir: “¡Si no hubiera más que el Comendador; pero es que está, encima, el Commodore! ¡Si no hubiera más que el Commodore; pero es que está además, o debajo, el Comendador!”

Penoso.

Y yo digo —puedo equivocarme pero me sabría mal y, además y encima, me extrañaría— que todo viene del bienio negro, y de él arrastra. Incrustóse entonces, improntóse bien improntada en la mente de las izquierdas una actitud de sumisión, una ireneia hiperireneia, la mansurronería (a pequeña: “todo antes que se nos enfaden”; b pequeña: “no vayan a pensar de nosotros que no somos civiles”; y c pequeña: “lo primero restaurar la democracia, asentarla luego; en 2375, asentada ya bien asentada, nos van a oír”).

Nada más morirse el Generalísimo, el desconcierto fue grande. No había costumbre.

Salió hirsuta de su caverna (o, por lo menos, semisótano para no caer en metáforas baratas) la izquierda, con andares de oso despeinado y euforia difusísima.

No las tenía tampoco todas consigo la derecha.

Pero estuvo en aquella ocasión regia. [Ahora, no digo (pienso en la derecha moderna, que no en la antigua, la cual se dejó desarmar y cautivar, engatusar y enrollar por el lábil Suárez). Ahora, como digo, me está decepcionando (a lo imparcial, porque ni me va ni me viene). Mucho me sorprende su falta de nervio, de vigor y ataque, como oposición que es de momento. Por desbordar, desborda hasta a lo más escandinavo en punto a medida y urbanidad con el Poder. Diferencia, por cierto, con los periodistas —de todos los bandos—, pugnaces y mordedores como Dios manda, más que en la democracia occidental media. Así debe ser. La derecha política, en cambio, blanda hoy, delicada con los que mandan. (La derecha económica, quant á elle: “estos chicos for ever”.) Como dice Lyotard, “no hay mal que por bien no venga”: semejante actitud hoy de mero repulgo por parte de la derecha resulta ser contrapartida de la de la izquierda en 1975, 1976, 1977 y siguientes y contrapeso de la “ruptura pactada” y demás servilismos.]

Estuvo, repito, regia entonces la derecha. Tema que producirse, pues, y se produjo, el encuentro, la confluencia bendita, el consenso

venturoso. Pusiéronse a interpretar de consuno, izquierda y derecha, el Volpone de Ben Jonson; y más vale no precisar el reparto.

Obra maestra por obra maestra, prefiramos las nuestras.

Tenemos que volver urgente, a toda prisa, hoy mismo, a lo preceptuado para nosotros por don Miguel en el Manual de instrucciones para esta seudorraza que es su novela. Y cargando sobre todo la mano en uno de los dos por muy admirable que fuera el otro, el caballero. Su escudero es el que tiene que inspirarnos: comodón y hasta mezquino, zorro y solapado (pero solapada también su furia interior), cuco en suma, sensato resumiendo. (Eso es: sensato! Sensato. Sensato hasta las cachas pero uncido a un delirio. Allá se las entiendan los extranjeros con su *difficulté d'être* y su “ser o no ser”, que no vemos nosotros dónde está la disyuntiva, o las linfas y lefas y flemas y vapores varios del siniestro Gorgorete y su ridícula manía de querer ser más joven de lo que se es a base de pactos con el otro ingenuo (y, por ende, inverosímil: óiganme, si no supiéramos cuyo es el personaje y si nos hubiesen presentado por primera vez a su Mefistófeles en una de aquellas lineales películas yanquis de la posguerra, habríamos exclamado: ¡otra vez con su simplismo! ¡somerísima psicología del demonio!)

Vapores todo, repito; allá ellos. Lo nuestro es Sancho.

Lo nuestro es vivir bien vivida la contradicción, y no lo que estamos haciendo hoy: de haber sido la última nación centroamericana que quedaba en Europa, nos hemos vuelto lo más escandinavo de los cinco continentes. Extremosos también ahora, PERO en la ponderación; y ahí es precisamente donde se nos ve el plumero y hasta la cerda de la dehesa. Nos hemos barnizado de cordura, adobado de civismo, ungido de urbanidad, empapado de serenidad. Y no nos prueba. Tanto es así que estamos protagonizando el fenómeno insólito de ser extremistas de lo medio (culto más que hiperdúlico a la Consti; asignación de una jerarquía absoluta a la democracia, que no es, que no puede por menos de ser, sino intermediario, corredor, peana de otra cosa). Por eso, cuando me dicen que hemos cambiado: no, no hemos cambiado. Hemos simplemente trasladado la española pasión de absoluto a cositas: la democracia en los valores, la gastronomía en lo cotidiano (igualmente reciente descubrimiento este segundo, en el qué nos hemos volcado con la misma gana del o todo o nada).

Coloquemos de nuevo las ansias y sedes españolísimas en lo que más es ya. Tal es la síntesis de lo que debemos hacer hoy, como programa político y metapolítico, a mi juicio.

De lo de la contradicción, nada la concreta mejor que lo que pasó en el bienio negro (1975-1977). Por un lado, la mayor vergüenza; por otro, la más alta proeza a lo táctico. En este segundo aspecto, todo el mérito, del señor Suárez. Entonces se le regateó; se acepta ya más que fue él el protagonista y el autor del prodigio, pero se le ponen todavía reservas y distingos, como para robarle gloria.

Ni en éste ni en otros puntos sucesivos puedo extenderme esta tarde con el tiempo limitado. Así que voy a resumir parte de lo que intento propugnar y demostrar en “PUES NO. Civil enjuiciamiento de la transición” (Taurus-Alfaguara, en prensa).

De lo que digo que no hemos cambiado, vino hace poco a casa un matrimonio amigo, de los contadísimos que tienen ese detalle (dieciocho años sin hablar —y años enteros ha habido que ninguno— más que con un par de personas cada doce meses, se dice pronto). Nos insistieron en que sí, que había habido un cambio. Casualmente estaba el periódico que habían traído en la mesa. Lo hojeé mientras se charlaba. Lo primero que vi, un anuncio: “Excelentísimo Ayuntamiento de X”. En otra página: “Excelentísimo e Ilustrísimo Ayuntamiento de Y”. Y en otra más: “Excelentísimo e Ilustrísimo Ayuntamiento de la Inmortal Ciudad de Z.” (no daré toponímicos para no herir a nadie, pero en este último caso era el anuncio para avisar a los familiares que tenían que llevarse del cementerio los cadáveres de las sepulturas vencidas, buena gana de ser inmortal). Tuvieron que reconocerme que no había habido un gran cambio.

En 1977 escribí, y me autoedité, esta frase: “Suárez es hoy el político de más calidad neta en el mundo”. No me retracto, y eso que luego... o sea, ésta es la fecha. Pero quede ello para un poco más adelante.

Hablaré ahora como espectador, como dilettante de lo que dé más gusto para un consumidor —digámoslo así como quien dice melómano en música— hay en el ancho mundo del ejercicio de la política, la niña de sus ojos, vale decir la Táctica. Como tal dilettante distante, quitando las maniobras de Lenin en septiembre-octubre del 17 porque es un clásico como la Odisea, no veía yo hasta la Transición nada de más finura táctica en este siglo que el puig de Praga de 1948. Afirmo, con elementos de juicio, que lo del señor Suárez fue muy superior por la calidad.

Creo ser quien mejor conoce a Suárez. Verbigracia, cuando ponga en sus memorias que lo tenía todo calculado desde 1970, yo por lo menos me lo creeré. Al señor Suárez le veo yo dos rasgos esenciales. Uno parece ganas de provocar señalarlo (ni siquiera él mismo debe de percibirlo cabalmente) y es la humildad. El otro, la plasticidad.

Ahora bien, lo mismo que digo una cosa digo otra. Cometió un error con no haberse retirado, como se lo aconsejé yo telepáticamente, nada más terminada la Operación. Por haberse resistido a irse entonces, le está costando más volver ahora. El otro pero es precisamente por lo de ahora: aquí le está perdiendo la humildad o fallando la plasticidad. ¿A santo de qué, empecinarse en sacar adelante esa cosita de nada, segunda parte de Avellaneda? No puedo alargarme sobre el tema para no desproporcionar la exposición. Me contentaré con citar un cachito de “PUES NO. Civil enjuiciamiento de la transición” (Taurus-Alfaguara):

“De lo que hay que huir como de la sarna, en política como en lo demás, es de una segunda carrera que sea como la primera. En toda segunda salida bueno es innovar. Te esperan aquí, aparecen allí. Para no andarme con rodeos: triste cosa sería reconstituir un batiburrillo como el anterior y, en particular, presentar el mismo género. Si te has personado antes en la plaza con bordados y vainicas, que te vean ahora en un puestecillo de cuchillería o de muelles y resortes. Si has corrido los cien metros vallados, elige esta vez el triple salto o, simplemente, los cien metros lisos (todo menos Maratón, no hay paciencia para tanto ya, a estas alturas)”.

Sájese añadido esta tarde, toda veleidad de gradualismo (“Yo, por mis pasos contados: con tanto para el 86 tengo bastante. Y para el 90 ¡zas!”). No. No es por ahí.

Se me ocurre ahora que puede parecer que voy con segundas. Pues no. Si le alabo, es gratuitamente. Me he salido del panteón a tomar el aire, pero el 4 de enero próximo para dentro otra vez, y ésta para los restos, nunca mejor dicho. En cuanto a lo de “¿Hacia un tándem Servidor-Suárez?”, se me antoja malevolencia y ganas de enredar.

Una buena piedra de toque es ver si hubo o no hubo explosión creadora. En efecto, cuando, después de una fase de opresión y mediocridad, viene por fin la ruptura, de todas todas y por doquiera prodúcese siempre esa liberación de energía creadora tan característica. No hace falta tan siquiera que la ruptura haya sido a lo revolucionario. Ahora bien, en el 75, 76, 77 no ocurrió tal cosa en nuestro caso. Se me dice: “Estás lejos y estás fuera. Hay hoy en España un verdadero ¡bum! de creación, sólo que todavía no ha llegado al extranjero constancia de ello”. No lo niego. Pero será *ahora*. En 1975 o en 1977 no se vio ni sucedió. Todavía en estas fechas, al elenco de nombres nuestros que le suenan, en los más diversos andares de la vida, al honnete homme foráneo, sólo puede añadir él, posteriores a los de los tiempos del Generalísimo: *a)* un par de voces de oro, ora en la ópera ora en la chansonnette, *b)* la escuela valenciana de comics, y *c)* Mariscal.

¿Se salva alguien? ¡Vaya que si se salva alguien!

Se salvan los periodistas. Yo aquí me descubro y, de paso, me pasma que no conste más la cosa. Nuestra prensa es, desde la liberación, un verdadero festival de fuerza creadora, de potencia y de calidad. La prensa en sí, y los periodistas, ya sean los de información, los de investigación o los de letras, quiero decir quienes cultivan ese género que merecería con mucho más derecho que los comics cátedras universitarias para él solo, y un largo capítulo en las historias de la literatura con tanta razón como la poesía o la novela. No uno ni dos sino diez, veinte o más larras viven hoy entre nosotros. ¡¡Nuestros periódicos, nuestras revistas, nuestra prensa!! Esto no pueden apreciarlo ustedes; hay que vivir en el extranjero para saberlo y deducirlo, comparando. En “PUES NO. Civil enjuiciamiento de la transición” voy más lejos todavía en el elogio. Porque, a mi modo de ver, en los periodistas de letras está hoy refugiada, asilada, la lengua castellana, más amenazada que nunca por el francés, peor que en los peores momentos del XVIII o el XIX. Aquí sí que es urgente una política de defensa por obra del Ministerio de Cultura, en vez de tanto acomplejarse con el deporte. En veintidós olimpiadas cuatro medallas de oro. ¡Y en vez de celebrar la gesta se rasgan las vestiduras! ¡Si fueran sólo los galicismos (hasta en las partes invariables de la oración, dicho sea de paso)! Pero no, va más lejos la criminal manía: se piensa hoy en francés. No puedo extenderme, remito a mis dos libros sobre el particular (editor pendiente): diccionario de extranjerismos, documentación sobre los horrores y sugerencias para la acción. Podría estar hablando horas. Conste que no es hostilidad para con lo de fuera, el purismo es la muerte del espíritu. Asimilemos y hasta copiemos, en buena hora. Pero nacionalizando. Aspiremos con deleite los aires de

fuera. Pero pasémoslos, traduciéndolos, por nuestros pulmones propios. Ahí está esa otra manifestación poderosa de calidad: La luna de Madrid, perfectísimo ejemplo y modelo (aunque a mí, por la edad y el desfase consiguiente, me dé frío en la espalda a lo axiológico). O el entrañable Combate de los troscos, bien maquetado, rico de contenido, superlegible, y no es fácil en un periódico militante.

Comentará tal vez el conferenciado: manifestación de estómago agradecido el último párrafo, pensando en quienes le han convocado para esta lección. Pues no. Lo vengo pensando desde bastante antes.

Llegados a este punto, me apetece referirme un poco al tema del delirio, ya apuntado al hablar de Sancho.

Entendámonos primero. Por mi edad, mi constitución, mi modo de ser (ser lo menos posible, estar apenas), etcétera, no me va el extremismo sino el comedimiento. Y lo que más me gusta en la vida es sopesar y cotejar. Pero hay momentos singulares en que hay que salirse del temperamento y volcarse hacia la otra punta. Meramente por razones de equilibrio. Se ha ido tan lejos en Subvasconia con lo de armonía, sesudez y ponderación, civismo y serenidad, que es urgente e imprescindible aplicar algún antídoto, proponer alguna triaca. Como dice Servidor en “Dietario para 1985” (Taurus-Alfaguara, de próxima publicación): “Nietzsche dijo de nosotros: 'España, el pueblo que quiso demasiado'. ¡Si nos viera ahora, caramelizados en civismo y con el chupachups de la democracia hasta la úvula!”

Tienen hoy nuestros intelectuales la sagrada obligación de predicar o, por lo menos, de sugerir a las masas (y, para empezar, dejar de insultarlas con eso de “ciudadanía”) que no es por ahí, que la democracia no es un fin, sino un medio, un preliminar. Tienen hoy los políticos, en este país o países, la sagrada obligación de desdecirse de lo que vienen diciendo, y predicar o, por lo menos, sugerir a las masas menos reconciliación nacional y más paroxismo. Este pueblo necesita urgentemente paroxismo, como el agonizante oxígeno. Debemos recordar a los nuestros que lo nuestro ha sido siempre la pasión y la desmesura, que estamos ahora fingiéndonos daneses (con todos los respetos) y que no nos va nada. Así que siquiera sea para prevenir... Más concretamente, una vez suministrada esa dosis de caballo de paroxismo, para equilibrar (me entiendo: una vez restablecido el equilibrio), pásese, si se quiere, de nuevo a propugnar el civismo y la compostura.

Si lo que acabo de decir parece demasiado, por lo menos el rigor. Rigor nos hace más falta que comer hoy por hoy. Estamos muelles, lo matizamos todo, y no conviene: perjudica al organismo.

Volvemos con ello a lo de antes. Problemas graves son actualmente en España la CEE y la OTAN (lo del Flanco Sur francamente no), el pib y el IPC, el terrorismo, causante en 1983 de tantas muertes en el Estado como los accidentes laborales en el sector de los servicios de la provincia de Madrid, la droga (algo menos del doble), las secuelas del terrorismo y de la droga, sí, el servicio militar (casi el cuádruple), la circulación sobre todo (cien veces más) y su gravísimo e insoportable cortejo de inválidos y parapléjicos, intolerable carga a lo humano y para la colectividad.



Problema en particular gravísimo el del paro y el hambre. La miseria.

¿Qué significa sin embargo, afirmar: “no estoy aquí para repartir la miseria”? Se me antoja a mí primerísima obligación de la izquierda repartir la miseria: para eso está y para eso (será papel ingrato, no digo que no) la han engendrado. Por cierto, ¿qué quiere decir “miseria”? Miseria no es sino mero sinónimo de riqueza. La izquierda, la izquierda de suyo inocente, la izquierda ojos lánguidos, la izquierda temerosa de que la tilden de candorosa (no se combate el candor con la inocencia) se ha tragado lo del pastel (“antes de repartirlo hay que agrandarlo”, otra vez el gradualismo).

¿Cuándo será lo bastante grande?, misterio.

Miseria española de hoy, riqueza en 1940. Riqueza norteamericana del 84, miseria norteamericana en el 2004.

Lo de agrandar el pastel es como la paradoja de Zenón de Elea. Propongo, pues, para gobernarnos, que se decida de una vez para siempre que se para la operación, y que se estima que es ya lo suficientemente grande. Las dos objeciones me las sé:

“Es que los demás van a seguir agrandando el suyo”. Eso en la vida privada o individual se llama keeping up with the Joneses, y está muy mal visto. La segunda es más fina: “¿Y la competitividad internacional?” Ahí estoy del todo de acuerdo: el que río sube baja. Pero a lo mejor bajar en un registro es subir en otro. De todas maneras, en una conferencia no es posible refutarlo todo.

No hay nada, en suma, más relativo ni más subjetivo que la pobreza (riqueza). Lo único necesario, imperativo, es repartir. Los promedios engañan, a nadie se le oculta. Si en una parte de esta península se vive más o menos como en el próspero país europeo A y en otra casi como en el tercermundista país B, antes de agrandar pastel alguno habrá una urgencia: habrá que nivelar la riqueza (pobreza).

Pero a lo que iba. Salvando ese Mayor Problema de la desigual riqueza o de la desigual miseria en el territorio nacional o como se llame ahora, el problema en este país o países son dos:

Uno, que hay un déficit brutal de creación, de fuerza creadora.

Otro es que hay un déficit bestial de dignidad, de español pundonor.

El primero rige universalmente a lo mejor (depende de los países). El segundo nos afecta espacialísimamente a los españoles o iberos o lo que seamos, peninsulares probablemente. PUESTO que ha sido siempre nuestra especialidad. No puede ser seguir viviendo nosotros sin la sólita dignidad nuestra, el español pundonor, la pasión por la muerte y por la nada.

(Repito que no lo pongo en lo absoluto, sino como medida cautelar, para un tiempo, en tanto no sé vuelve al equilibrio y no se despacha eso tan empachoso y penoso de ahora del civismo endiosado, la cívica armonía desentonada, la cívica circunspección desatenta. Tenemos que desasosegarnos, siquiera sea profiláctica o terapéuticamente, equis años o por lo menos meses, antes de volver, si es que verdaderamente apetece, a esta tristeza de hoy.)

El mismo afán de equilibrio es aplicable al caso de la guerra civil.

Entiendo perfectamente que se quiera olvidarla, ¡murieron tantos! Admito que queda muy lejos en el tiempo. Archívesela si se quiere, pero restableciendo antes el equilibrio. Lo primero, en efecto, para todo bien nacido es honrar a sus muertos. Los del bando faccioso lo han sido cumplidísimamente a lo largo de cuarenta años interminables. Los nuestros no. Siguen insepultos, permítaseme decirlo. Y permítaseme añadir que son los muertos de la causa de la democracia, la cual inspira y rige y determina el ordenamiento jurídico vigente y sus más altos paramentos. Pero sobre esta increíble paradoja, que es la enfermedad de todo, lo que va por debajo y todo lo vicia, por muchos adornos y gualdrapas y consoladores que se apliquen, más luego (si acaso). Siguen insepultos, y no me pongo antigónico ni caigo en un lirismo barato.

Para más inri, en esto nos da una lección el Generalísimo. Y lo explico como sigue:

Reconciliación nacional, reconciliación nacional. La reconciliación nacional se la sacó de la manga el Partido Comunista a fines del decenio de 1950. Es hoy doctrina oficial, universalmente comulgada. Bien. Pero antes que los comunistas estuvo el Generalísimo. Concibió su Valle para los muertos de ambos bandos, se nos ha dicho siempre. Reconciliación más allá de la muerte, la mejor y más solvente. ¿Qué extremismo sería ése de querer sacarle de su monasterio, por él creado? No lo veo yo bien. Lo que veo es lo que habría visto él de no haberse muerto todavía. Siguiera él hoy en vida, con las naturales evoluciones —son muchos años, diez casi—, sería hoy el primero en pensar que no es sino coronación del designio primigenio el enterrar, pegado a su sepultura, al señor Besteiro, pongo por caso. ¿Y bautizar un hospital “14 de abril” para hacer la parejita con el “Primero de Octubre”? ¿O un colegio mayor que dependa del Ministro de Educación “Enrique Ruano”? Tal sería la vía media, la ponderada, la más acertada, la por todos tolerada, para liquidar de una vez para siempre aquella guerra entre hermanos.

Una reflexión que se me ocurre sobre la marcha es que Dios le libre al político de cifrar. Se hunde. Mil años de Reich alemán, y duró la cuarta parte que lo del Generalísimo. “Si no hacemos des bêtises, estamos en el poder hasta el año 2000” del señor Peyrefitte, y al cabo de poco a la calle. Chez nous, 107 años (quitando la finura del siete, que me parece un acierto) y 25 ahora. Pero, hombre. Si hay una conclusión deductible del 28 de octubre de 1982 es la de que las masas (por esta vez ciudadanía, de acuerdo) nuestras: su única constante, el bandazo. En 1977 descubrimos todos que se había mantenido con un dos por ciento (sic); en 1982 otra brutalidad caprichosa del electorado. Aquella misma madrugada de octubre les dije yo a los míos “El pesoe está de paso”, por mi afición a hacer bonito siempre que me sale y porque se estaba viendo. Vivimos la paradoja de estar osteoporotizados ya y cartilagosos al mismo tiempo todavía. ¡Naturalmente que alguna probabilidad de seguir después de 1986 tiene!: todo depende de Suárez, de un Suárez tercer episodio entiendo. Aunque a mí personalmente me troncha el antojo, porque yo la cosa la vería así: un bien nutrido, poderoso, omniabsorbente casi, bloque de derechas capitaneado por un ex conmi-

litón mío de aquello de entonces —Roca parece ser—; frente (nunca mejor dicho) a él, un bien nutrido, poderoso, omniabsorbente casi, bloque de izquierdas, capitaneado por otro ex conmitón, cuyo nombre no tengo claro: uno de los que están hoy en el PSOE de temporeros. Los hay de gran valía, y creo que no haría falta mucho para desprogramarlos (no se vea en esto nada peyorativo, es un atajo verbal tan sólo) y devolverlos a lo que solían; saldrían del seminario con el ojo furioso, cual solían. Pero, antes de seguir adelante con este subtema apasionante [toda la apuesta hoy para el 86 gira en torno a Suárez más esa antigua conmitancia que digo. O sea, si va a salir o no va a salir, si puede salir o no puede salir: *a*) un Suárez excentrado (con pulsación en blanco entre ex y centrado y sin ella) más *b*) una antigua conmitancia, que, a partir de ahora, llamaré, como la llamábamos en 1958 (antes de que se nos colara ese ridículo, bufo, galicismo mental de “la fiesta” que hasta en Francia denota bien a las claras la decadencia ambiente: “Apprenez á faire la fête” llegó a titularse un libro) la Fiesta, y que es o, mejor dicho, podría ser porque tampoco hay que soñar, máxime después de la torpeza, entrañable pero torpeza, de ofeliano elefante de fieltro y flirteo torpeza pero torpeza, que fue lo de septiembre, la Fiesta que es, digo, o podría ser, faenar a lo “chevau-légers” en esta ocasión, por supuesto si no adelantan las elecciones, en cuyo caso no he dicho nada, siendo menester pasar entonces a la solución de la desprogramación, como lo abono y justifico en “PUES NO”, y no sólo de los ex de la Fiesta temporeros hoy en el PSOE, sino también de los propios socialistas por cuanto son buena gente, lo único que deslumbrados de momento por el peso de la púrpura y todas sus complejidades y, sobre todo, por el RRRealismo del poder], antes de seguir adelante, digo, quiero salir al paso de una objeción que me estoy viendo venir: “¿qué tiene que ver todo esto con el tema de la lección conmemorativa —España y Europa—?” Tiene que ver y mucho, tiene que verlo todo.

En efecto, también la primera parte de su título —España le sienta bien a Europa— debería haber ido entre puntos de interrogación. Europa necesita a España, por muy diversas razones, algunas de las cuales han señalado el Presidente de la República Francesa y otros estadistas. Pero necesita a una España que sea España, como necesita a una Dinamarca, por ejemplo, que sea Dinamarca. No necesita acoger en su seno (no estoy hablando del matalotaje ceesco) a un segundo país escandinavo, ni a una especie de robot fabricado de modo tal que ensamble todas las características del país europeo medio ideal. Necesita Europa *lo que puede aportarle nuestra singularidad*, enterrada hoy por nosotros mismos bajo varias capas de mimetismo acomplejado. Si no lo hacemos por nosotros, hagamos por Europa todo eso que propugno de restaurar los españoles rasgos distintivos, nuestras señas de identidad.

Otro tanto podría decir de la segunda parte del título: ¿Le sienta bien Europa a España? Si va a ser prolongar y desorbitar el mimetismo, ciertamente no. Le puede sentar bien, en cambio, de perlas incluso, si lo entendemos —todo esto de “entrar en Europa”— como un modo de enriquecernos con una dimensión que veníamos descuidando desde hace siglos. Por no hablar del imperativo ético de la solidaridad. Por no hablar sobre todo del incitantísimo proyecto y quehacer y Grand Des-

sein que sería entrar, pero no de puntillas, a lo pardillo, sino irrumpiendo, introduciendo en esa especie de papilla desvaída, de puré lánguido, en que ha ido a parar la “construcción europea”, pasión y proposiciones, comezón y torcedor, liderazgo ¿por qué no?, liderazgo sí. Menos CEE y más Europa, como quien dice.

Que es decir: en el nivel de la CEE tenemos nosotros una posición de fuerza 3, por ejemplo; en el de la construcción de Europa tenemos o podemos tener, debemos tener, en nuestros tratos con los viejos socios acartonados y quitinosos una posición de fuerza 30. Por otra parte, si viviera hoy Jean Monnet pensaría esto mismo que voy a poner ahora: la construcción de Europa pasa por la disolución de la CEE o, cuando menos, su neutralización (procurar reducir su contraproducción).

Quisiera salvar también otra posible objeción que les ande rondando a quienes no han abandonado esta sala. El tono ligero, la frivolidad.

Primero, me amparo en la frase de Diderot. Segundo, otro problema grave actual, por no decir de toda la vida, es que nos consume lo que Berzosa llama el énfasis. Este pueblo —sus mentores por lo menos— está inficionado de énfasis. La castellana gravedad o, según mi abuela materna, la seriedad del burro. Sancta sancte tractanda sunt está bien para la religión; en política y demás, no hay nada que no pueda y que no deba tomarse a chacota. (Alguien tiene que sacrificarse.) Y de paso, cuando me dicen “Es que los que vivís en el extranjero no estáis al corriente” replico yo, contraatacando: “¿Y cómo se explica que a los del Interior no os conste un nombre como el de José María Berzosa, creador superlativo, por todos sus poros y sinapsis, genio de la cámara, con, encima, una larga y prodigiosa obra a sus espaldas, español además por los cuatro costados?”

Puede haber parecido, por ejemplo, frívolo y, sobre todo, ligero, eso de hablar de “temporeros del PSOE”. Así que tengo que documentarlo por lo menudo. Para empezar voy a poner un ejemplo directo. Supongamos que, de la noche a la mañana, se fuesen todos los ex de la Fiesta que militan en el PSC guión PSOE y, en particular, lo codirigen (por cierto, después de dieciocho años de incomunicación mutua con la realidad peninsular, cuando me puse a ponerme en contacto de nuevo con la misma, me quedé helado al ver el guioncito y las cuatro letras detrás, y pensé “¿cómo es posible que antiguos conmlitones míos hayan dado en caer en semejante garrafal torpeza taticosituacional?”). Pues bien, al día siguiente de esa hemorragia, el PSC-PSOE estaría en el suelo, deshuesado, en cuadro.

Segunda cosa: si a alguien se le ocurriera escribir ahora —ahora digo, y no antes del 4 de enero de 1984— un artículo sobre la evolución interior y subjetiva del ex de la Fiesta medio, advertiría tres frases. La primera, los años mozos: radicalismo y furia extremista. Pasa el tiempo, el ex se asienta en la vida, etc.; lo de siempre. Incorporase entonces —fueron la mayoría, probablemente— a uno de los dos partidos canónicos. En esa segunda fase, ve su pasado como lo ya dicho: ardor juvenil, extremismo propio de la poca edad, inexperiencia y hasta candor; consi\*

dérase militante efectivo del canónico, es su patria. Aquello anterior se le antoja mera iniciación y aprendizaje, prehistoria. Su patriotismo de partido lo cifra en el PSOE o el PC. Concíbese incluso a sí mismo como veterano de uno u otro.

La tercera fase es que en este año de 1984, *recién*, ha descubierto en sus entrañas de pronto, sin dar crédito él mismo a lo que se le ponían de pronto a expresarle ellas, que —ya puede ser ministro del PSOE o altísimo del PC (y, por supuesto, lo propio se les aplica a fortiori a quienes se mantuvieron después de su primera fase al paio o militan hoy en extraparlamentarios, etc.)— esto suyo de ahora (PC, PSOE, lo que sea) es meramente para él utilitario o de servicio, transitorio hasta quizá. Y que su patria y su emoción se las lleva la Fiesta, o el recuerdo de ella. Más diré: *Su fidelidad*. Originalísimo todo ello, y no solamente en el plano nacional.

Yo mismo no me lo esperaba tan redondo cuando emprendí la operación, el 4 de enero (y eso que ha habido entremedias el grave Revés, la insigne torpeza antes citada de septiembre gris).

Vaya yo por partes:

A principios de año, estaba ahí, desocupado, res torpemente derelicta, un suntuoso cadáver, potencialmente fecundísimo y, sin embargo, dejado en barbecho, superexplotable pero por todos descuidado (si acaso algunas alusiones perdidas en la masa de las historias generales de los 40 años: se daban verbigracia, sí, listas de ex, pero en desorden, sin picardía). Me pareció, pues, la inmediata, para iniciar la operación, seriar, numerar y cuantificar, a saber: la síntesis efictista, el teaser, la phrase-choc: “La Fiesta ha dado seis ministros a la Corona”. Con sus tres concomitantes esenciales:

1. Nunca han salido tantos de tan pocos.

2. La tesis de que los rebotados de aquella radicalidad juvenil, a diferencia de otros extremismos vividos, como el pecé o el opusdé, aun habiéndose desviado luego muy lejos, no sólo no la aborrecen, siquiera sea por aquello de “los mejores años de mi vida quemados en un fanatismo que hoy execro”, sino que, por el contrario, ende conservan un recuerdo enternecido y caliente. ¡Portentoso estreno mundial y portentosa novedad en la historia de las ideas encarnadas y de la militancia vivida!

3. Lo tercero, capital, era el rollo de “la Familia”. De una familia que se mantiene unida, por encima de las líneas de demarcación.

Con estos tres teasers bastó. No voy a contar ahora de pe a pa todos los tramites y altibajos porque lo cuento todo, día por día, en “Un suceso historiado/a success story. (Diario de 1984)”, pero un sucedido preciso si que voy a exponer.

Apenas un par de semanas después del lanzamiento, se puso ya en el fenómeno previsto: quienes hasta entonces o se callaban (vide las notas autobiográficas que entregaban a la prensa al ser nombrados altos cargos) o, por lo menos, no lo ostentaban como título meritorio se descolgaron mencionando su pasada militancia en la Fiesta como se Vinicio cuando se abrió la guerrera y mostró en el Coliseo al pueblo sus cicatrices de soldados para salvar de los leones a la cristiana y Lírigia. Roca, admirable, más lejos fue: como si se le hubiera pedido (ni

siquiera le conozco) “Desarrolla un poco, referido a tu caso, lo del “rebotado y, sin embargo, para nada hostil (pese a ser ahora moderado), sino, por el contrario, reivindicante y añorador de sus locuras juveniles extremistas”, fue y, en una entrevista, se retrató fielmente, ilustración viva y concreta de la tesis, deliberadamente.

Vino más tarde, sí, el grave revés que fue septiembre (con toda la trama complejísima previa de muy diversos elementos incidentes y maniobrantes). Pero hasta de ese revés espera uno sacar algún fruto fecundo. Todo construye para el que no sabe desanimarse. Y, para empezar, el fruto, al menos en los más sólidos y lúcidos de entre los del suceso de septiembre, de que, a la mañana siguiente, empezara ya a hurgarles la duda y la desazón. Desazón: con haber octogenarizado la víspera, historiándose a sí mismos, vueltose de cara al pasado ¡en un momento como el actual, grave y decisivo y duro y difícil, que pide pensar nada más que en el futuro!, ex combatido, que es mentalidad de rentista y reditohabiente, cuando precisamente una de las razones de la fundación de la Fiesta, si bien accesoria lo reconozco, fue sin duda obrar por que no pudiera haber nunca más reuniones de ex combatientes. Duda: de haber pensado mal de quienes no acudieron, consolándose con la coartada de que “han sido los de la tercera etapa de la Fiesta exclusivamente”. Pues no. Dejaron también de ir muchos de la primera y de la segunda, las “promociones burguesas”. Y dejaron de ir sacrificando algo, porque también a ellos les tentaba ceder al deleite de Dulcísimas Lágrimas en Común, al Gustirrín de Volver a Vernos Después de Tantos Años. Pero pudo más en ellos el rigor, y rigor y ejemplo de rigor es lo que nos está pidiendo hoy, sin percatarse quizá de ello, este cuerpo social, zarandeado y desnortado, de los 38 millones y pico. Reaccionaron esos tales como cuando ingresaron de jóvenes en la Fiesta: al calorcito reconfortante que hubiera sido entrar en lo también pequeño entonces y desvalido pero de buen apellido, prefirieron la dureza y la aspereza del minigrupo inclusero. Por rigor. Y a este respecto, citaré el caso prócer del señor Valente, recordando que por aquellas fechas la suprema tentación e inclinación natural para un poeta, escritor, pensador era el PC, no sólo por una posible exigencia de ideas sino por lo mucho que suponía de comunión con los otros (¿cuántos intelectuales y creadores de la época había que no pertenecieran al PC o a su orla?) y de proyección de la obra propia. Y sin embargo, el gallego poeta (*y prosista*) optó por la intemperie triste de un pisto de infelices.

El resumen es: esta es la fecha en que —de acuerdo, no se trata sino de un sectorcito de la vida política, y aun general, de la nación— el caso es que nada será ya como antes del 4 de enero. Vamos a ver, en el primer gobierno desde el 82 se escogieron meramente nombres para componerlo. En el segundo, entrará *además* en juego el factor de la extracción de los ministrables: “Oye, que van ya siete ex de la dichosa Fiesta” (U: “Oye, que no hay más que siete todavía en la lista, de ex de aquella cosa fabulosa”). Ya sé que no me van a hacer caso pero, como digo en “PUES NO. Civil enjuiciamiento de la transición” (Taurus-Alfaguara, 520 páginas, en prensa), lo ideal sería que el próximo gobierno estuviera compuesto de ex conmitones de servidor, con una representación simbólica de los socialistas propiamente dichos.

*En la vida política española, nada de tanta fibra y sustancia, de tanto cuerpo y solidez como esto que he dado en llamar Fiesta en la presente lección. A lo tenebroso y demás, vienen cargando con la fama Moon y el opusdè; la lana cardan mis ex conmlitones, es para sentirme satisfecho.*

A punto casi de terminar, pienso que al hablar antes del señor Suárez no he quedado quizá muy claro en lo de “plasticidad” y “ex centrado” Con la siguiente cita de “PUES NO” a lo mejor sí: “Barcino no quiere decir por supuesto, limitarse a cambiar de rotulo o de sigla [...] En el rector, la barcinidad ha de ser una revolución permanente (a condición de ir en el sentido de la historia, como se decía antiguamente, o sea de derecha a izquierda) y de no pararse, *dado que* la vida no se para) [...] De todas maneras, hay una especie de imperativo moral para el señor Suárez. El imperativo de seguir evolucionando, por deudas contraídas. No constará quizá tanto como lo de haber sido El artífice de la transición —lo cual según he venido diciendo, ya de por sí no consta lo debido— no constará tanto, repito, pero es también un hecho que, a la vez que se iba cargando a los correosos, y más correajudos que corajudos, del régimen del Generalísimo, se liquidó para los restos a la izquierda, la desguazó, sin proponérselo probablemente él. Le debe, pues una prenda: la de aportar algo, lo que sea, a su restauración. El tiempo nos aclarará éstas y más cosas”. Fin de la cita de “PUES NO”.

Otra idea que se me ocurre de pronto, pensando en los correosos, es que tenemos un poco olvidada la importancia que reviste el desprecio del enemigo. No puede ser, en política, funcionar cuando nos desprecia el enemigo. Si el enemigo no te respeta dedícate a otra cosa, hermano. La política, olvídala. Yo a los más de los correosos no los respeto: a los que se mueren de ganas, pero nada. A quienes se han jugado algo, o se lo van a jugar, sí. A aquéllos los comparo con éstos, y no puedo juzgarlos a todos por el mismo rasero. Un pariente mío, verbigracia, general, puso en orden —si bien en fase de larvado y fallido— sus ideas con sus actos: idealista según sus valores, que no son los míos (menos la patria y demás), y coherencia interna para defenderlos. Respetable.

Esto del desprecio del enemigo me lleva a pensar en el de los tuyos. Terrible es que te desprecien los tuyos. Murió aquél a quien llamábamos el Coronel. Eligió él su muerte. De entrada, respeto merece la cosa. “Vivía ya muerto, perdido en el alcohol”. Se dice. Bien. Remataron su cadáver los suyos. Con el silencio. Silencio que sigue. ¿O es que acaso no fue él nada en su historia de ellos? No puede ser esto. Si alguna probabilidad hubiera tenido de publicación, mi necrología habría sido cargando las tintas en su alcohol. Yo respeto a quienes creyeron y creen la Transición y la Izquierda en la Transición, estuvieron muy bien. Respeten ellos a quienes opinamos lo contrario. Se hundió en el alcohol Amonio Amat, de acuerdo. Me parece más que respetable, me parece un elegantemente protestar contra lo que venía haciendo y sacrificando la izquierda a raíz de lo del 75, quiero decir la Revolución de los Crisantemos. Me va la circunstancia para recordar que el Grupo ANTONIO AMAT SABE, integrado por Cuadernos de Antonio Amat. Audiovisual Antonio Amat, y cátedra Antonio Amat, convoca el Premio Antonio

Amat para 1985. Los ensayos deberán versar sobre uno de estos tres temas (20 folios, como máximo, a doble espacio):

1. El pasado. La reconstitución del PSOE, obra de Antonio Amat.
2. El presente. Glosa de la concepción amatiana de la Realpolitik (“Realismo en política, sí; protagonizado por inocentes, no”).
3. El futuro. Actualidad, ejemplo y fuerza de Antonio Amat en un mundo de cuerdos corderos.

El ganador recibirá 200.000 pesetas. Su texto y el de los otros cinco mejores seleccionados serán publicados en Cuadernos de Antonio Amat.

Es como lo de la reconciliación nacional y lo del consenso. En teoría, ¿quién tendrá valor para combatirlo? También a mí me gustan la concordia y la cívica armonía, y que no hubiera más que una España, con todos unidos y todos hermanos. Este ideal de catequesis, altísimo ideal, no sólo no lo repudio, sino que lo hago mío. Por desgracia, es un cuento de caminos, aprovechado siempre por alguien (como todos los lemas nobles). Más diré: malsano sería, o es, tanto consenso, y pernicioso que haya una sola España. Una vez muertos todos, no digo; antes, tiene que haber dos Españas, encontradas y para nada consensuadas.

¿Qué diré entonces de la por consenso fraguada? Diré que, del mismo modo que, por definición, no puede haber una sola España si no es en el más allá o, en la tierra, bajo una dictadura (se empieza con lo de España una, y se acaba en lo que se acaba), así tampoco cabe imaginar, si no es en un momento de desvarío, fraguar, *salvo que se viva en régimen totalitario*, una constitución por consenso, suprema aberración, quitando como digo que lo imponga un caudillo, de los sentidos, obnubilación de las potencias mentales.

¿Para qué hablar entonces de lo que vino antes, de ese monstruo de dos cabezas entre sí enemigas, hasta en el nivel, más modesto de la retórica, por no hablar de la semántica, que fue “ruptura pactada”?

Todo esto que vengo diciendo no es sino sentido común.

La tentación sería comentar “Les está bien empleado lo que les está pasando: haberse dejado tetanizar primero, dejarse gobernar subrepticamente ahora”, pero no puedes porque son de casa y buena gente; ultras de la inocencia, lo único.

Inocentes y torpes.

(Pongo “torpes” a ojo.)

Inocentes en tantos puntos y detalles que me llevaría otra hora, mínimo. Estamos todos cansados e impacientes, deseosos de que esto termine. No veo ya probablemente en la sala más que a un puñado de amigos perseverantes y a sus familiares. Pero dos o tres cosas me gustaría comentar.

Inocentes fueron, superlativamente, con haber renunciado a la titularidad —y ofrecido espontáneamente, cuando el bienio negro, la cotitularidad— de la democracia, con haber desaprovechado esa baza única y singular (por citar un ejemplo: en la Resistencia francesa hubo una presencia fuerte y numerosa de la derecha, no toda ella se había ido con Pétain; en España, fue la izquierda durante cuarenta años la paladina *exclusiva* de “la democracia, los derechos humanos, las libertades fun-



damentales”, de todo, en suma, lo que informa la ideología, la práctica y la Consti vigentes). Y voy a contar un sucedido. A punto de acabar de redactar “PUES NO”, a principios de septiembre, profeticé en su original para algún día venidero, que las izquierdas empezarían a tener que defenderse de la acusación de ser enemigas de la libertad, y hasta totalitarias. Había escrito “algún día venidero”, me quedé corto: una semana después, primer ataque en tal sentido... contra los ministros de hoy, los cuales —sobre todo, los cuatro o cinco ex de la Fiesta— andaban apenas unos años antes escondiéndose “del Generalísimo”, acosados y perseguidos por él, al paso que quien ahora les acusa de liberticidas ni palabra de su boca hablaba por aquellas fechas en tal sentido (no es reprochar, puesto que está muy feo eso de contraponer al converso el veterano, y todo el mundo tiene derecho a cambiar; es constatar). Así que añadí una nota de última hora (“En prensa este libro”). A poco, otro ataque, más feroz todavía, pero el libro iba ya de camino.

Torpes estuvieron en ese mismo bienio con haber sacrificado su particular a su general (la democracia) y, por encima de todo, con no haber presentado a un pueblo rigurosamente virgen al respecto de la democracia (que ya de por sí de apasionante mucho no tiene que ofrecer), sino lo más menguado, rancio, de trapillo que puede encerrar. Es ésta, a mi juicio, su mayor falta.

Simples con haberse dejado enamorar entonces por la derecha sublime (no veo otra palabra): divina en todo estuvo ella. “Parar, templar y mandar” fue su habilidad y su discreta pericia: morirse el Generalísimo, parar la derecha a la izquierda, templarla luego y no dejar de mandar desde entonces, todo uno.

Torpes con haber aplaudido, e incluso promovido, las dos manifestaciones, verbigracia, del miedo: de miedo saliente la primera, imaginaria del miedo la segunda. Torpes con no haberse opuesto, sino sumado, al envilecimiento ambiente. Tacharé “envilecimiento”, y pondré “apocamiento”. No sigo.

## RECAPITULACIÓN DE LA PRIMERA PARTE

### Sobre Europa

1. Levantar la hipoteca de ser nosotros una punta con la hábil estratagema de la ampliación. Vernos, quiero decir, como parte de un este (islas británicas, Bretaña, Occitania...: lo antes dicho).

2. No entrar avasallados ya de entrada, sino entrar avasallando, sacudirles la modorra; están como anestesiados.

3. Recordarnos de cuando —la única vez, prácticamente— “hicimos-europa”, si bien un poco a lo bruto: Flandes. Inspirar en aquello nuestra postura: ponernos flamencos desde el primerísimo momento de estar reunidos ya con ellos.

3 bis. Obrar por Europa, antes de que nos obre: *a)* ir a Roma a por todo, y *b)* revolver Roma con Santiago, espléndido quehacer.

## Sobre la OTAN

Nada hay que añadir, si no es que “más vale prevenir que curar”, como dice Baudrillard.

## Sobre este país o países

1. De su pasado anterior harlo he hablado en “Té con migas” (Taurus-Alfaguara, de próxima publicación) y del reciente en el tantas veces citado “PUES NO”; del futuro, en otros varios y, en particular, en “Euskadi barra España” (editor al caer, espero).

2. Salvando el de la miseria (riqueza) desigual y el de la necesidad de crear a calzón quitado (y de proteger la lengua), el problema pendiente es el de nuestra dignidad global.

2 bis (a propósito también de “prevenir y curar”). Son muchos más los problemas pero, todos juntos, los veo menos graves a la larga que el que puede suponernos la mafia. Es común sentir que, una vez instalada, resulta inextirpable, y no sé si no es ya demasiado tarde. Toda derrota parcial suya, siquiera sea transitoria, en Italia constituye para nosotros una amenaza agobiante y que puede acabar en irreversible; es, LITERALMENTE, un caso de *pricipiis obsta: sero medicina paratur, cum mala per longam invaluere moras*. (Por no hablar del problema del vacío jurídico pendiente: se toma la molestia el texto constitucional vigente de derogar, una a una minuciosamente enumeradas, todas las normas constitucionales del Generalísimo; *pero* en ninguna de ellas se derogó la Constitución de 1931.

Más que vacío, vértigo; vértigo jurídico, al menos para quienes somos legos del Derecho. En efecto, como parece partirse del supuesto de que Constitución de 1931 no hubo y que aquellos cinco años de Segunda R... transcurrieron, sí, pero a lo clandestino, y dado que desde el Bando del 28 de julio de 1936 tampoco derogó en ningún momento el Generalísimo la Constitución de 1876 ¿vigente sigue?, vigente sigue salvo que se considere el 9 de marzo de 1938 como *fecha fundacional del Derecho Constitucional en España*. Sobre derogar la Constitución de 1978 un Real Decreto de 1839, que ya es hilar fino, deroga una ley de julio de 1876; no deroga la Constitución promulgada un mes antes, a no ser por pretermisión y metalitote en el apartado 3 y sería muy revelador.

Más que vértigo, alferecía. Plétora, y no vacío: posibilidad de que tengamos en este tres de diciembre tres constituciones vigentes.

3. No hay que hacerse ilusiones. Cuarenta años han sido cuarenta años. Me he metido un poco, y más que nada a lo cariñoso, con algunos. Pero *nadie es culpable*. Los culpables son los 40 años.

3 bis. A lo más que podemos aspirar es a reducir en el tiempo sus secuelas: como con el gota a gota unas horas a la parturienta moderna (la posmoderna poco pare), acortar en unos meses la vida útil del Generalísimo. Solamente así nos será dado desatar por fin lo tan bien por él atado. Generalísimo: chapeau!

Quiero terminar con una manifestación de muy sincera humildad. Todo lo que he dicho no es sino mero sentido común, común patrimonio de la Base: en cientos de pueblos de esta hermosísima península insoportable hay miles de sencillos y modestos—pastores, carteros rurales, ¡jardineros!, gente que contempla más que nada— y todos ellos opinan lo mismo a poco que se les rasca, y aún sin rascarle. El futuro está de su parte, no me cabe la menor duda.

Nadie es más que nadie.

*Una cita de Volpone: Peregrino. ¡Pardiez este Don Poli no ignora nada!*

*Don Politick Hipotético: Todo no, señor mío. Pero tengo algunas nociones generales. Me entusiasma tomar apuntes y observar. Aunque vivo al margen del torrente activo, consigno las corrientes y al sucederse de las cosas, para mi gusto privado. Y me consta el flujo y reflujos de los asuntos del Estado.*

Actuó I, escena II.